



# PROTEO

DIRECTOR:  
**Angel Falco**  
Jefe de redacción:  
**MARTIN CIRES YRIGOYEN**

**SUMARIO:** MANUEL UGARTE *dibujo de Hohmann.*—ROZAS *por Francisco Aníbal Rivi.*  
—UNA VIDA ORIGINAL *por Enrique E. Potric.*—LAS VIRGENES LOCAS *por Víctor  
Vera Petit.*—MEDITACIONES *por Manuel Medina Betancort.*—SOBRE UN ALTO PEÑÓN  
SOLITARIO... *por Ovidio Fernández Ríos.*—LA INGENUA FE *por Gabriel A. de León.*  
—NOTAS Y NOTICIAS.—TEATROS.—BIBLIOGRAFIA.

# COLABORADORES

ACEVEDO DIAZ, EDUARDO  
 AGESTA, ENRIQUE  
 AGORIO, ADOLFO  
 BACHINI, ANTONIO  
 BILAC, OLAVO  
 CAPDEVILA, ARTURO  
 CARRICARTE, ARTURO DE  
 CASTELLANOS, JOAQUIN  
 ECHAGÜE, JUAN PABLO  
 FABELA, ISIDRO  
 FRUGONI, EMILIO  
 FRUGONI, JUAN JOSE  
 GARCIA JURADO, MANUEL  
 GHIO, JULIO CRUZ  
 GHIRALDO, ALBERTO  
 INGENIEROS, JOSE  
 LUJAN, AGUSTIN  
 MALDONADO, HORACIO  
 MARQUINA, EDUARDO

MONTIEL BALLESTEROS  
 MUÑOZ, DANIEL  
 NERVO, AMADO  
 PAPINI, GUZMAN  
 PEREZ y CURIS, MANUEL  
 REYLES, CARLOS  
 RIU, FRANCISCO ANIBAL  
 RODO, JOSE ENRIQUE  
 ROJAS, RICARDO  
 ROXLO, CARLOS  
 RUSINOL, SANTIAGO  
 SICARDI, FRANCISCO  
 SILVA, VICTOR DOMINGO  
 SOUSSENS, CARLOS DE  
 STORNI, ALFONSINA  
 UGARTE, MANUEL  
 VAZ FERREIRA, M<sup>a</sup> EUGENIA  
 VILLAESPEA, FRANCISCO  
 ZORRILLA DE S. MTIN., JUAN

La colaboración es solicitada

## PRECIO DE SUBSCRIPCION

CAPITAL		INTERIOR	
TRIMESTRE .....	\$ 2.50 <sup>m/2</sup>	TRIMESTRE . . . .	\$ 3.00 <sup>m/2</sup>
SEMESTRE .....	» 5.00 »	SEMESTRE .....	» 6.00 »
AÑO .....	» 9.00 »	AÑO .....	» 11.00 »
NUMERO SUELTO ..	» 0.20 »	NUMERO SUELTO ..	» 0.25 »

  

EXTERIOR	
SEMESTRE	\$ 4.00 o/s.
AÑO .....	» 7.00 »



Dirección, Redacción y Administración: ALSINA 317  
 UNION TELEFONICA 2269, AVENIDA

CIGARRILLOS  
**EL PARQUE**  
 0.10 CTS.

CON  
 PREMIOS

**¡SE VAN A LAS NUBES!**

J. GOMEZ ORTUZAR Y CIA  
 HUMBERTO I° 1256 BUENOS AIRES

**ASEGUREN SUS OBREROS**

CON LA PÓLIZA CONTRA LOS  
**Accidentes de Trabajo**  
 QUE EMITE VENTAJOSAMENTE LA

≡ **“ROMA”** ≡

COMPANIA ITALO - ARGENTINA  
 DE SEGUROS GENERALES

**460 - BARTOLOMÉ MITRE - 460**

UNIÓN TELEF. 2523, Avenida

• BUENOS AIRES •

COLABORADORES

**Dr. JULIO C. LUGONES**

ABOGADO

Estudio: LAVALLE 1282  
Unión Telefónica 4169, Libertad

**Dr. Gmo. FONROUGE**

ABOGADO

Estudio: CANGALLO 456  
U. TELEF. 3834, Avenida

**Dr. JOSE M. GIUFFRA**

ABOGADO

Estudio: TALCAHUANO 446

**Dr. HORACIO B. OYHANARTE**

ABOGADO

Estudio: LAVALLE 1512  
U. TELEF. 2954, Libertad

**Dr. M. de TEZANOS PINTO**

CIRUGIA GENERAL

Ha trasladado su consultorio  
a la calle, VIAMONTE 2037  
U. TELEF. 4653, Juncal  
Consultas de 3 a 5 p. m.

**Dr. CARLOS M. LASTRA**

ABOGADO

Estudio: CHARCAS 1555.

**Dr. MARIO OLIVIERI ACOSTA**

ABOGADO

CANGALLO 456 U.T. 3834, Avda.

**Dr. EDELMIRO SERRA**

Ex médico del Hosp. Italiano  
Especialista en enfermedades  
internas y de niños.

PAVON 2374 U.T. 1875, B. Orden

**QUARTINO HNOS.**

INGENIEROS CIVILES

CALLE RIVADAVIA 1255

U. TELEF. 3590, Libertad

**Dr. José Ingenieros**

ENFERMEDADES  
NERVIOSAS Y REUMÁTICAS

Lunes, miércoles y viernes  
de 1 a 4 p. m.

763, VIAMONTE, 763

**Dr. MARTIN REIBEL**

JEFE DEL SERVICIO DE GINECOLOGIA  
DEL HOSPITAL RAWSON

Consultas de 1 a 3 Menos Miércoles y Sábados

SAN JUAN 3161

Unión Telef. 2496, Mitre

**Dr. GENARO GIACOBINI**

MEDICO CIRUJANO

RIOJA 2027

U. T. 2684, Mitre

- AÑO I -

- Núm. 8 -

# PROTEO

REVISTA

SEMANTAL

Director: ANGEL FALCO — Jefe de redacción: MARTIN CIRES YRIGOYEN  
Dibujante: JUAN HOHMANN

BUENOS AIRES, 30 DE SEPTIEMBRE DE 1916

---

## Rozas

Con tu faz apolínea y tus ojos azules  
en el caos de la turba tu prosapia nivelas  
y saltas del desierto a las sillas curules  
sujetando a la historia con tus rojas espuelas.

En la época brava se acentúa tu nombre;  
tú, surjes como bloque de mármol del aluvio  
y, eres la anarquía de la patria hecha hombre  
nimbada por la gloria de tu cabello rubio.

Tú naces del estrago de las mismas tormentas;  
la desgracia del pueblo sin mentores te incuba,  
con el barro y la sangre al futuro fermentas  
como el mosto que hierve redimiendo la cuba.

La mesnada triunfante... los crueles instintos;  
la lanza montonera de las cargas sin lauros;  
sin imperio las leyes, aventados sus plintos  
bajo el rudo galope de los criollos centauros.

El desierto implacable con sus sombras aciagas;  
como un árbol sagrado la cultura hecha tronchos;  
la ciudad sorprendida al fulgor de las dagas  
con la escolta del crimen embozado en los ponchos.

Precisaban la fusta, precisaban el freno  
las pasiones sin nombre... el desorden insano...  
y en las forjas quemantes el martillo sereno  
que al caer repercute sobre el yunque, tirano.

Tú surjiste de pronto. Belüario sombrío  
de los bárbaros golpes erijido en palanca  
para ser el azote. ¡Cuando más hondo el río  
más se empina y recorta la salvaje barranca!

Yo no sé que ignominia o grandeza tramontas  
cuando cruzas—cometa de sangrientos elipsis—  
si la barbarie domas cuando tu potro montas  
como el corcel monstruoso del viejo apocalipsis.

Yo no sé si execrarte cuando afirmas los grillos  
o loar tu firmeza cuando muestras el puño,  
cuando clavas la daga al testuz de caudillos  
como dueño absoluto del honor del terruño.

Yo no sé si al oprobio te condena el pasado  
o, te absuelve el futuro, cuando al paso extranjero,  
truenas glorias nativas el cañón de Obligado  
cual si hablase la patria con su lengua de acero...

Alma enorme y sombría como vórtice humano  
que la historia interroga sin que nadie responda,

sin que pueda medirse el error del tirano  
al perderse en el barro la extensión de la sonda...

En la selva monstruosa de tus múltiples actos,  
no penetran los rayos del análisis justo...  
Y se mezclan las sierpes, las espinas de cactus  
con las flores que cantan el amor del arbusto.

De tragedias enjendro la leyenda te injuria;  
no se ha hecho la historia de tu paso sangriento,  
como al héroe de Esquilo te persigue la Furia  
y a tus manes conturban los aullidos del viento.

FRANCISCO ANIBAL RIU



## Una vida original

«Ma jeunesse ne fut qu'un ténébreux orage».  
BAUDELAIRE

Voy a relatar aquí a grandes rasgos la curiosa vida del joven Marcos Hesrón en su integral simplicidad dramática: el drama de la monotonía encarnizada de presidir, en consorcio con la fatalidad, la invariable existencia de Marcos Hesrón. Le conocí por pura casualidad en un teatro, siéndome presentado por un amigo mío durante un entreacto.

Era un joven ni atrayente ni antipático, cuya fisonomía ofrecía un aspecto término medio bastante común. Tenía ojos negros muy pequeños y brillantes, espesa barba negra enteramente rasurada, rostro de palidez mate, tirando a cetrino y cabellos cortos rapados a ras del cuero cabelludo; su cuerpo era cenceño y rectilíneo. Vestía traje negro, corbata blanca y chambergo angosto de ala: un sombrero único, insustituible para su dueño. Semejante figura presentaba un menguado aspecto que inspiraba compasión y despertaba el interés del observador. A mí me hacía el efecto del tipo ideal del empleado de pompas fúnebres.

Cambiadas las banalidades que son de estilo en las presentaciones; — ¡cuántas veces nos son extemporáneas! — hablamos sobre distintos temas, pudiendo notar la originalidad de los conceptos que emitía el joven Hesrón.

Entre otras cosas nos dijo que era la cuarta vez que asistía a una función teatral — contaba a la sazón veintiocho años — y como nosotros manifestáramos nuestra extrañeza, nos dijo que jamás había sentido curiosidad por el teatro.

—Me basta — agregaba — con leer simplemente las obras, lo demás lo completa la imaginación. Me figuro ver tales y

cuales personajes — de acuerdo con mi simpatía íntima — representando sus respectivos roles; entretanto voy enterándome de la obra con absoluta tranquilidad y sin salir de casa. Esta comedia que vemos esta noche, la he leído y les garantizo que me ha interesado más y la he comprendido mejor que viéndola en escena.

En el teatro la obra reclama, además, una atención constante; atención, es cierto, que puede sobrellevarse sin esfuerzo si la obra deleita, pero aun en ese caso subsisten conflictos para mí. Las veces que he asistido a un espectáculo, he sufrido disgusto, paréceme ver en los actores a unos intrusos, los cuales pretenden interceptar — y en mi sentir lo logran — la comunidad espiritual que debe existir entre el autor y el lector que lee sus obras. Me dan la impresión los actores, que son personajes empeñados en demostrarle cómo conciben al personaje que creó el escritor y esta demostración me irrita, me resulta presuntuosa. Además no siempre los actores nos son simpáticos, tanto más, cuando su figura está en desacuerdo con el personaje que interpretan. Esto crea para mí un ambiente de hostilidad que perjudica mi atención. Porque cada cual siente una obra de teatro o cualquier cosa de un modo particular, y por consiguiente no me agradan los “intérpretes”, duplican las complicaciones. Una obra de arte o literatura debemos sentirla y explicarla de manera que estemos en disonancia con nuestro vecino. Algún progreso se ha realizado en ese sentido y si no comparemos el ascendiente preponderante de la crítica en los pasados siglos con el actual. Hoy la crítica da a conocer su modesta opinión; antes la imponía y ¡guay! del osado que discrepara. Hoy nos sentimos cada vez más amorales ante los preceptos, sean éstos de cualesquier naturaleza.

Por mi parte, prefiero al teatro, el arte bárbaro del cinematógrafo; ahí los artistas son imágenes que se desenvuelven en un ambiente irreal; la precipitación y simultaneidad con que desfilan ante nosotros, libradas al arbitrio del operador — ¡un triunfo del individualismo sobre el colectivismo! — es absurda y por eso más cómica y grotesca si se quiere. Las imágenes del cine son en mi sentir, la contrafigura de los actores. Esta faz mecánica de la fotografía ridiculiza a los discípulos de Talía y Melpómene.

Creo ocioso decir al lector que disentíamos en absoluto con las extravagantes apreciaciones del joven Hesrón. Luego al separarnos nos despedimos para ocupar nuestras respectivas localidades prometiéndole ir a visitarle; este muchacho me intrigaba, despertaba en mí al impenitente y apasionado diletante por los tipos y las cosas originales.

\* \*

Pasados unos veinte y tantos días fuí un día domingo a verle en su cuarto solitario y característico de la pensión. Me recibió con extrema afabilidad, no sin dejar de sorprenderse por mi visita.

—Le advierto — me dijo — que es un acontecimiento para mí una visita.

—¿Por qué?

—Porque aquí no vienen sino la lavandera, el doméstico de la casa y de vez en vez la dueña de la pensión a efectuar la consabida visita diplomática.

—¿Con que no tiene Vd. amigos, relaciones, nada?

—A nadie, absolutamente. Me encuentro bien así, tranquilo, además ya estoy acostumbrado a ello. Y si no fuese porque estoy obligado a concurrir cotidianamente a mi empleo, me pasaría días enteros muy quieto y muy conforme cual tenía por hábito hacerlo el panteísta Spinoza. Así me entregaría plenamente a sentirme vivir la intensa vida del espíritu, no perder un instante las confianzas de mi “yo”. Las horas que dispongo libres, me distraigo en delectación amorosa junto a mi querido armario de libros, con mis autores predilectos. Mi espíritu se solaza en esa especie de esgrima intelectual con las otras “fuerzas imponderables” allí encuadradas.

—¿Pero no ha trabado usted vínculos de amistad, siquiera sea con alguno de sus compañeros de oficina, para poder zafarse de su modo de vivir tan raro y concentrado en sí mismo y poder alternarlo un poquito con la vida externa?

Se sonrió el joven Hesrón y luego poniéndose serio, meditó un instante y dijo:

—Va para cinco años que estoy empleado en una empresa ferroviaria. En la oficina donde trabajo somos cinco: un jefe y cuatro subalternos, contándome yo entre ellos. Mi tarea con-

siste en efectuar anotaciones en un enorme libraco, bastante manoseado, consignando las entradas y salidas de mercaderías: eso hago todo el año. Como usted ve, es una labor ferozmente rutinaria, sistemática. Allí la novedad está en las fechas y las diferencias de peso o cantidad de los artículos. ¡Es de lo más entretenido!... Mis demás colegas hacen más o menos lo mismo. El jefe es un hombre que en estando en funciones se reviste de una gravedad cómica, pero que resulta molesta; es de esos empleados que toman muy a lo serio su misión, sobretodo cuando ejercen alguna insignificante investidura jerárquica. Esta buena gente involucran su cargo a su personalidad total... es decir, se crean una ilusoria personalidad, porque carecen de una verdadera.

Mis demás compañeros son dignos secuaces de su superior. Sus aspiraciones se reducen a llegar al encumbramiento de su jefe. En cuanto a mí me considero fuera del círculo. Así, pues, la vida en esa oficina está regulada por el solemne ritual burocrático. Allí donde haya orgullo, formalismo y trivialidad domina la terrible especie de los "ronds-de-cuir" tan bien pintados por el sintético y fuerte colorista Maupassant. Con semejantes individuos, dígame usted, ¿qué clase de simpatías puede establecerse entre nosotros? Yo permanezco entre ellos estrictamente neutral, casi inexistente. Cumplo con mi cometido y sanseacabó. Allí mis opiniones son contrapuestas por completo a las de ellos — de lo cual me felicito — y esto me ha valido el mote de hombre simple, cándido, entre la grey oficinesca. Como digo, esa disparidad de ideas me ha aislado; sólo es cuando vuelvo a encontrarme y es por eso que venero la soledad: sólo así me siento vivir y puedo envolverme en la infinita urdimbre que teje incansable mi imaginación. Y no se crea usted que es sólo con aquella cohorte que no me adapto; es con todo el mundo. A todos, unánimemente, los encuentro distantes de mi camino...

—Creo que es Víctor Hugo — le dije — quien ha dicho: "hay que sufrir para que lo sufran". Si usted, amigo Hesrón, practicara ese precepto transigiría con la sociedad en que vive y hasta procuraría descubrir otros horizontes; no llevaría esa triste existencia, uniforme, desoladora.

—Se equivoca — contestóme riéndose — de medio a me-

dio: estoy conforme con esta vida; además, estoy tan acostumbrado a ella! Creo que me afligiría mucho si me viese obligado de alterar este régimen que hace todos los días iguales; no siento pasar el tiempo... La espantosa melancolía de comprobar la fuga del tiempo, no la siento: la sucesión del tiempo se ha concretado en mi psiquis en un solo día inmenso, inextinguible. He disciplinado mi vida para que no sea ni determinista ni contingente. Paréceme estar entregado a la fatalidad de una predestinación inmanente. Como no puedo, ni lo deseo tampoco, ejercer ascendiente en el exterior, en el medio ambiente donde vegeto, revistando de parásito insigne, me concentro hacia mi universo interior. Eso es para mí la realidad absoluta. Allí me coloco en un plano moral bien distinto del terrestre, lo cual me hace olvidar todas las pequeñas miserias humanas.

—Su vida — repuse con vehemencia — me hace el efecto de ser una completa ficción; se ha envuelto y aprisionado usted en un sudario funesto de ideas capciosas que usted mismo se urdió, no sé por qué fatídico influjo. Su existencia es una negación, un sofisma viviente con la realidad. Es menester reaccionar, quebrantar esa cruel monotonía de su vida; hay que abrir las ventanas del alma hacia perspectivas risueñas, atractivas, y dejar que los aires puros de afuera, de la realidad, traspasen esa luctuosa morada interna, hermética a las vibraciones fuertes y generosas de la vida real! ¿Qué beneficios le proporciona esa estafalaria manera de vivir? Ninguno. Hay que tener aspiraciones prácticas, saber mantenerse equidistante entre lo ideal y lo utilitario, contemporizar con la sociedad, aprovecharse, mediante sus buenas aptitudes, de las ventajas y ocasiones que ofrece a menudo. Pero no encastillarse así, en esa especie de fortaleza feudal como lo hace usted, impermeable a las transacciones, hacer del individualismo un apostolado adusto e incorruptible, exclusivista a otras ideas que no sean las propias. Esa actitud no es favorable para inspirar simpatías, antes bien aversión y vacío en torno suyo.

Me pareció que mi interlocutor oía mis razones y consejos “como quien oye llover”. Echaba grandes bocanadas de humo de su curiosa pipa historiada con dibujos de gusto barroco y al través de las espirales azulinas me miraba con sus ojillos

brillosos, con inquietante fijeza, cuya expresión no podía definir. Su boca dibujaba mi rictus burlón, volteriano, descubriendo sus dientes grandes y amarillentos.

—Amigo mío — me dijo con refinada cortesanía, — usted no me comprende tampoco; mucho le he hablado, hasta demasiado; mi gárrula charla me ha llevado imprudentemente en el peristilo del sagrado templo de las confesiones, inducido por un error. Creía que usted se explicaba mi actitud. “Ego sum qui sum”: yo soy quien soy y nada ni nadie me harán desviar de senda; no tengo culpabilidad de las consecuencias de mis acciones, pues éstas son el resultado lógico determinado por mi idiosincrasia y ella es irreductible si ha de mantenerse conscientemente intacta en los límites de su periferia, tal cual como pretendo sostenerme. Eso es todo, amigo.

—Me parece mal, amigo Marcos, regir su vida por medio de ideas y postulados; es limitarse su posible campo de acción, es abocarse a cada paso conflictos morales, es en fin, justar desventajosamente con un enemigo superior; usted armado con la rígida y pesada armadura de sus principios, contra un adversario agilísimo; dúctil, empeñoso, fecundo en iniciativas, que lo ataca sin descanso, lo envuelve y concluye por obsederlo con su pertinacia perennemente renovada e imprevista. Usted se convierte en yunque y su enemigo en martillo ciclópeo.

—En fin, cada loco con su tema; ¿no es verdad? — díjome con un acento de aguda ironía.

—Me marchó, querido amigo — le respondí, despidiéndome; — acaso algún día reconozca su error. Adiós.

—Es posible. . . Hasta siempre, amigo.

Tales fueron las palabras que cambiamos yo y mi extraño amigo, cuyos resabios de misantropía le hacían aparecer tan original.

Debo confesar al lector que salí de allí bastante mal impresionado y pensativo, me preocupaba en grado sumo ese sujeto enigmático con sus teorías utópicas.

\* \* \*

Algún tiempo hacía — aproximadamente unos seis meses, — que no tenía noticias de Marcos Hesrón y ni siquiera me

acordaba de él, cuando recibí de su parte un billete, instándome con suma urgencia a que fuese a verlo en el hospital que se encuentra a las afueras de la ciudad. Cogí mi sombrero y el gabán y a prisa me encaminé a dicho establecimiento; pero llegaba tarde: el infeliz acababa de expirar, víctima de una pleuresía aguda. Me entregaron una carta voluminosa, escrita a lápiz con trazos nerviosos, a mí dirigida por el pobre amigo.

He aquí lo que considero oportuno publicar de ella:

“...Sí, mi único confidente, mi existencia la he sacrificado por mis principios, no quise en ningún momento abdicar de ellos, me hubiera avergonzado de mí mismo; me sometí con abnegación a una férrea disciplina poniendo toda la fuerza de mi voluntad, todo el entusiasmo de mi corazón y hoy, estando próxima mi vida a desaparecer, me siento orgulloso, inmensamente grande de haber triunfado de la sociedad! ¡De haberme resistido a sus múltiples requerimientos y sugerencias y no haber participado de sus ambiciones, de sus odios, de sus envidias, de toda esa corte de miserias que emponzoñan la vida! He realizado un esfuerzo estupendo, ahogué las vibraciones del instinto, oculté mi personalidad intelectual, creándome una inferior; propia al medio que me deparó la fatalidad; preferí aparecer ante mis compañeros de burocracia y extraños como un ente original con el malicioso y depresivo aditamento de simple y ridículo. Mi vida, lo confieso sin envanecerme de ello, constituye un ejemplo de renunciamento a la vida inútil que nos dió el incógnito taumaturgo; — ¡oh! santo milagro de mi infinita piedad! — preferí mil veces encerrarme en mí mismo antes que sucumbir y dejarme arrastrar por el torrente de la impía vulgaridad. Tuve que desdoblar mi personalidad, crear otro “yo” para esa buena gente, ¿comprendéis mi sacrificio? Se me conocía sólo por ese otro yo, ese fanteche pusilánime, humilde y simple; esa ficción monstruosa velaba a la vez que deprinía mi yo puro y a pesar de todo sobrevivía a su lado, propincuo a mi yo implacable, sin deliquios; pero en ciertos momentos me sentía impotente de contenerlo y entonces surgía como un tigre que arrollara a una gacela presto a despedazarla, pero una fuerza inexplicable, misteriosa: la necesidad de vivir, contenían esos saltos, aquellos zarpazos de mi voluntad... ”

“Esta desesperada resistencia, ese culto de voluntad mística que llenó el breve período de mi vida, para conservar incorruptibles las facultades de mi alma, todo ese tenso esfuerzo lo contemplo hoy serenamente en mis últimos días, y se me aparece con los prestigios de una nueva religión, la cual me infunde la suprema esperanza de otra vida, de otro mundo más comprensible, lógico y necesario que el nuestro tan absurdo.”

ENRIQUE E. POTRIE



## Las vírgenes locas

Como larga teoría coruscante  
de hadas del sueño, de princesas locas,  
van saliendo las vírgenes excelsas  
del antro de la luz y de la sombra.  
Llevan sobre la frente  
un lampo azul y entre sus manos, rota,  
una lira. En su sangre, como un fuego,  
vibra el celo real de las leonas.  
Tienen el seno hinchado de fragancias,  
y en la pupila una visión remota.

Vienen del antro inmenso  
donde crepitan hoscas  
llamaradas de amor; donde inocencias  
virginales fenecen como aromas;  
donde larvas oscuras de esperanzas  
se arrastran en pindáricas corolas;  
donde ocasos de púrpura sangrienta  
denuncian clarinadas de victoria;  
donde crecen espigas milenarias  
de triunfos invictos; donde lloran  
visiones de pavor, y aullando crecen  
delirios, tempestades, clamorosas  
protestas; donde sueños, ilusiones  
y risas que salmodian  
en un coro soberbio y monorítmico  
exultantes estrofas,  
dicen la gloria del vivir, y a un tiempo

la excelsitud de una agonía heroica;  
donde surgen las palmas eucarísticas  
del bien, y al par las lívidas magnolias  
del credo de Satán; donde resbalan  
lascivias luminosas,  
imágenes sencillas de vidriales,  
deseos y congojas  
que danzan en un lienzo como manchas  
funambulescas; donde monologan  
inmensos desvaríos que parecen  
nocturnas mariposas;  
donde aúllan su amor las taciturnas  
siluetas del pecado; donde brotan  
religiones, ejércitos y razas  
que lleva el Tiempo en su soberbia onda.

Vienen de ese antro inmenso: del asombro.

¡Oh, pobrecitas vírgenes,  
pobres vírgenes locas,  
que van saliendo del obscuro antro  
sonrientes, pesarosas,  
altivas, desgrefñadas, solitarias  
y en tropel; como auroras,  
como suaves nocturnos, centelleantes,  
hialinas, leves, nacaradas, blondas,  
todo armonía de acordado ritmo,  
todo esplendor de iluminada hostia.  
Como larga teoría coruscante  
van saliendo las vírgenes, las locas  
vírgenes cuya sangre transparente  
tiene el celo real de las leonas.  
Van saliendo las vírgenes, y al verlas  
se inclinan las estrellas premurosas,  
corren los vientos a cantar sus nombres,  
los ecos los repiten a las ondas,  
y al través de las ondas y los siglos,

como un coro de sábado de gloria,  
florecen de las vírgenes los nombres  
en un vergel de celestiales rosas.  
Van saliendo las vírgenes que ostentan  
nombres de luz y risas melancólicas,  
tienen el seno hinchado de fragancias  
y en la pupila una visión remota.

Y la primera, con cendales albos,  
al través de las islas armoniosas,  
canta la guerra que encendió Helena  
bajo los muros de la vieja Troya.  
Su palabra de ritmos eternos  
en el humano corazón evoca  
la música que oyó cuando vivía  
el mundo nuevo su primera hora.  
Síguela taciturna  
su hermana, la demente tenebrosa  
que a Prometeo encadenó, por Júpiter,  
en la ríspida roca.  
Tras ellas, febricantes y angustiadas,  
cantando himnos que el terror provocan,  
las vírgenes de Job y de Isaías  
llegan sobre Israel, y son las rosas  
que florecen sus sienas como unas  
flamíferas antorchas,  
Así en larga teoría coruscante,  
las unas tras las otras,  
van surgiendo las vírgenes dementes  
que hablaron al oído de sus cosas  
a los mortales pálidos: a Thales  
de Mileto, del ámbar que una ignota  
atracción disimula en sus entrañas;  
al ahijado de Delfos, del axioma  
geométrico; a Platón, del dialogado  
de las almas que se abren luminosas  
sobre la gran negrura del misterio

cual ígneas amapolas;  
a Theophrasto de Lesbos,  
de la moral que la sapiencia elogia;  
a Hippócrates el médico,  
de las virtudes de ignoradas hojas;  
al gran siracusano, del principio  
hidráulico que advierte si elabora  
con fraude algún artífice  
de Hierón la corona;  
a Averroes, de graves heregías  
al credo de Mahoma;  
a Bacon, en su cárcel, de una nueva  
materia ardiente, que será la pólvora;  
al sublime domínico, del libro  
de la *Summa*; a Colón, de largas olas  
que bañan, fatigadas,  
unas tierras remotas;  
a Raymundo, de cábala y de magia;  
a Guttemberg, de prensas misteriosas  
que eternizan al verbo; a Paracelso,  
taumaturgo de filtras y redomas,  
del mercurio; a Copérnico, de leyes  
que gobiernan los astros en la fosca  
inmensidad; a Palissy, divino  
alfarero, de esmaltes de la loza;  
a Agrícola y a Gesner, de las ciencias  
naturales; a Stahl, de rigurosas  
combinaciones químicas, que el alma  
del flogístico rige; y de su obra  
el *Tratado del Mundo*; al gran Descartes;  
a Harvey, de la sangre; de astronómicas  
leyes a Kléper; a Pascal, del triángulo  
aritmético; a Jenner, de la obnoxia  
de la viruela; a Scheele, del oxígeno;  
a Buffon, de los seres y sus formas;  
a Galileo, del «e pur si muove»;  
a Lavoisier, de química que innova;

a Spallanzani, Tournefort, Linneo,  
de las leyes del mundo de la flora;  
a Francklin, de la aguja que los cielos  
con audacia viril hiere y perfora,  
a fin de avasallar como un esclavo  
el rayo hirviente de la nube torva;  
y a Newton, Leverrier, Cassini y Halley,  
almas soberbias que la noche ahondan,  
hurgando el infinito, presintiendo  
allá en la inmensidad las fuerzas hórridas  
que gobiernan los mundos, de soberbios  
planetas ignorados, de grandiosas  
atracciones sidéreas, de flamígeros  
cometas extraviados en remotas  
lejanías,—allá, aun más allá, entre la noche  
negra y eterna, impenetrable y hosca,  
en el abismo aterrador e inmenso,  
que se aleja, se pierde, se prolonga,  
que se eterniza sin confín, demente,  
como una pesadilla fabulosa,  
como un delirio inacabable, y como  
una atroz y demente paradoja.

Van saliendo las vírgenes que ostentan  
nombres de luz y risas melancólicas.

Y al besar a los pálidos mortales  
con sus bocas exangües, con sus bocas  
como lirios de luz, crece el Ensueño,  
florece la Ilusión, estalla sorda  
llamarada en el alma: entonces el hombre,  
en una furia de pasión creadora,  
desata su energía, los raudales  
de su alto pensamiento se desbordan,  
y, sobre el pentagrama, la paleta,  
el mármol, el papel, sobre la escoria  
de las retortas y matraces labra  
el Ensueño inmortal, la eterna obra

que es una melodía extraterrena,  
el triunfo del color o de la roca,  
el fuego evocador de las palabras  
o la conquista cuya vasta onda  
hace avanzar la humanidad entera  
hacia el ideal de perfección gloriosa.

¡Sed bien amadas, vírgenes divinas,  
pobres vírgenes locas,  
que al besar a los pálidos mortales  
trocáis sus almas torvas  
en astros fluorescentes de fulgores,  
en llameantes y espléndidas corolas!  
¡Sed benditas cien veces,  
hadas del sueño, madres de la gloria,  
que ponéis sobre un nombre  
tanta luz inmortal que hasta la fosa  
de impávida mudez, llamea vida!  
¡Sed por siempre adoradas, tiernas sombras,  
que entráis en las oscuras bohardillas  
para vestirlas de dorada pompa;  
que os allegáis al hombre pensativo  
para indicarle el Norte en su derrota;  
que despertáis la humanidad cansada  
a nueva vida cuando el Sol tramonta!  
¡Sed benditas cien veces  
pobres vírgenes locas!

VICTOR PEREZ PETIT

## Meditaciones

La moral es una cadena de los instintos innatos y adquiridos forjada por el propio individuo cuando, salido de las brumas de su primera edad, tuvo, a la luz de su razón, una justa conciencia de su ser. Ella es de principal importancia para regularizar la vida de las sociedades, aunque es indudable que ni logra absolutamente su objeto, ni está de acuerdo con las necesidades naturales del hombre. Ella contiene las demasías y logra evitarlas en los casos generales; encauza las grandes corrientes y permite de este modo la conservación regular de los pueblos, manteniendo a la especie dentro de un estado de relativo orden. Mas donde esa ley fracasa como fuerza directora, es individualmente, puesto que cada ser, aunque aparenta aceptar la moral de todos — más fuerte que él, — personalmente trata a cada distante, en cada acto que contradiga su estabilidad o sus satisfacciones, de ir contra ella, o negarla, soltando el eslabón que le aprisiona, ya sea en defensa de un apetito de la carne o para satisfacer un anhelo del espíritu. Todo lo cual significa, que si bien a cada pueblo le hace falta la disciplina de una moral que le permita vivir y mantener las conquistas de su esfuerzo hacia la ilusión de una existencia mejor, ella es una **inmoralidad** porque oprime y cercena la libertad que por sentimiento de naturaleza necesita el hombre. Ningún ejemplo puede igualar su abnegación de haber sido — arrastrado por un insaciable afán de perfección cultural, — verdugo y mártir de sí mismo.

La entidad hombre resulta así, examinándola a través de un último juicio, una contradicción incomprensible. El genio de la especie de que tanto se preocupa Schopenhauer, le ha puesto en su ser una infinidad de necesidades orgánicas para

vivir, y ese mismo genio, invocando otras necesidades de organización exterior, se las limita y las combate en nombre también de la vida, o de la mejor vida, sin poderse comprender todavía por qué existen dos cosas tan fuertes y tan contradictorias, tan lógicas y tan opuestas.

Sería aventurado decidirse por una de estas dos potencias, tan diferentes en sus aspectos y en sus fines, y que sueltas a su voluntad llegarían a extremos tan lejanos y tan divergentes. No se puede decir que el instinto libre no sea una condición esencial de la vida, una virtud suprema de la cual la misma existencia emana y se sustenta. El no es más que la manifestación y el desenvolvimiento de la materia organizada que vive y late por sí y para sí, apremiada de necesidades, estrechamente asida a las provisiones exteriores por los tentáculos de sus apetitos. El hambre, el sueño, el amor, son tan imprescindibles que la vida sería imposible sin cualquiera de ellos. No se puede negar tampoco que la moral, el régimen de orden y medida que nosotros los seres superiores nos hemos impuesto heroicamente, no haya sido al cabo una indispensable necesidad de esa misma vida nuestra, tan salvaje en sus exigencias y en sus expansiones. Es verdad que sin ella la vida es posible, pues los animales viven, sin moral y sin nada íntimo que les mida sus deseos. Pero también es verdad que sin ella el hombre, dotado de una inteligencia consciente, hubiera perecido finalmente víctima de sus mayores capacidades instintivas, dado que la inteligencia no es otra cosa que una transformación del instinto. Solo, se hubiera anulado, naufrago en la vorágine de sus propias concupiscencias, consumido en los excesos desgastadores del vicio, o bien, en el más **honesto** de los casos, se habría aniquilado como ser superior, por falta de experiencia, y confrontación de sus notables facultades de emoción y discernimiento. Reunido en la compañía de toda la especie, las imposiciones de su propia conservación, al crearle la necesidad de la defensa, la necesidad del auxilio mutuo entre las mutuas necesidades fisiológicas y espirituales, tejieron insensiblemente, con lazos más tarde indestructibles, una segunda naturaleza casi tan imperiosa y exigente como la original, el sentimiento de sociedad, de función colectiva, de comunión de intereses. Y

entonces, poco a poco, con el intercambio de esfuerzos, de satisfacciones, de valores, surgió con la luz naciente de la inteligencia, esas formas de orden y de reglamentación de derechos y deberes, esa clasificación de bueno y malo que un día, en marcha ya definitiva, habría de pretender sustituir casi en absoluto (el ascetismo religioso) las siempre soberanas fuerzas de la Materia.

La influencia, pues, de tales oposiciones más o menos en equilibrio, según hayan sido las latitudes y el grado de civilización de cada una, ha realizado, quizá, por un extraño capricho del tan socorrido genio de la especie, la salvación de toda esta ralea humana nuestra, manteniéndonos con la regulada brújula del entendimiento, entre las fatales orillas de los dos abismos.

MANUEL MEDINA Y BETANCORT



## Sobre un alto peñón solitario...

Yo quiero que mi nombre quede un día esculpido.  
Pero no como un póstumo ofrendatorio vano.  
El recuerdo es a veces molesto. Y si he vivido  
por una ley, es justo que me cubra el olvido  
que es también otra ley del espíritu humano.

Como mi vida ha sido un episodio oscuro  
y moriré ignorado, sin dejar una historia  
que requiera memoria  
en el tiempo futuro,  
no ha de ser sobre el friso de mármol impoluto  
donde el cincel se hunde en eterno tributo,  
ni al pie de los insignes bronce, consagradores  
de héroes y de genios o de conquistadores.

¡No! He de esculpir mi nombre libre de vanidades.  
Ha de labrarlo a punta de buril y energía  
el vigoroso músculo de mi brazo, que un día  
supo exprimir aceros, dominar tempestades,  
someter prepotencias y esclavizar pasiones  
con la fuerza de un recio domador de leones.

Lo he de esculpir yo mismo, lírico lapidario,  
sobre una roca altiva o un peñón solitario  
frente al mar, a las locas olas embravecidas  
para que eternamente lo besen, atrevidas  
de su poder inmenso; para que eternamente  
coreen con sus salvajes y temibles canciones  
los himnos que armonicen con el alma doliente,  
con las rebeldes ansias y las santas pasiones,  
que en el largo camino de mi jornada inquieta

exaltaron un día, con hondas vibraciones,  
mi lira de poeta.

Lo esculpiré yo mismo  
sobre un alto peñón, frente al trágico abismo,  
para que el sol lo bese desde lo alto del cielo,  
el huracán le cante  
y le sirva de cumbre a alguna águila errante  
que en él se pose para descansar de su vuelo.

Así quiero mi nombre que perdure esculpido,  
más allá de la muerte, más allá del olvido;  
sin gajos de laureles, sin coronas de hiedra  
que la leyenda cubran de mi blasón de piedra;  
en un peñón que eleve en su gran soledad  
una interrogación hacia la inmensidad,  
y que en días y noches del estío e invierno  
su gesto sea inmutable, su silencio profundo,  
cual si fuera la frente de un pensador eterno  
sufriendo la tristeza infinita del mundo!

OVIDIO FERNANDEZ RIOS



## La ingenua fe

Observando el sencillo discurrir del vulgo, cuántas veces pensamos: ¡quizás diga verdad! ¡Y cuántas deploramos no poseer esa ingenua fe para solucionar todos nuestros problemas! Se lograría así un más rápido procedimiento; y ¿quién osaría negar que la solución alcanzada de manera tal no fuera la solución más exacta?

La fe crea mundos y los mueve; simplifica las cuestiones más arduas; forja y conduce la abstracta vaguedad de un ensueño hasta la misma realidad tangible, cuya vida no es más que la obra anhelosa de ese ensueño. El análisis de los problemas que nos afectan, amarga el alma con el acre sabor del escepticismo, dejando en ella el sedimento de la desconfianza. Dudamos... Y si la duda, a veces, fecundiza y alienta el anhelo de la verdad, otras — en mayoría, — imposibilita el arraigo de una creencia y la constitución inmaterial, pero firme y sincera, de la fe. El vulgo cree y no examina, y con una intuición maravillosa acierta frecuentemente. Sus verdades sentidas llegan a ser más tarde nuestras verdades pensadas, sólo diferenciables en lo que éstas tienen de compleja artificiosidad de laboratorio, y aquéllas de natural sencillez e ingenuidad, cual una exótica e inodora flor de invernadero y un fragancioso capullo de nuestros campos que se abre solícito a los primeros destellos matinales!...

La investigación mata la fe, porque es preciso que deje libre paso a la duda atisbadora y tenaz. Declina la creencia intuitiva para que a su vez se eleve la verdad razonada. Pero, ¿siempre se logra, tras el análisis meticuloso, domeñar la verdad científica o la verdad experimentada, causa de nuestros afanes? ¿No ocurre, en ocasiones múltiples, que el espíritu analítico se desconcierta en el laberinto de sus observaciones, perdiendo la brújula de toda solución? Es, entonces, el imperio de la incertidumbre más cruel y de la desconfianza más obsesionante. Nada se ha conseguido; en el mismo terreno queda

planteado el problema; la realidad está tan lejos de nosotros como antes de la investigación. Hemos ahuyentado la fe, sin llenar su vacío con la certidumbre racional; y la duda que nos asalta, ya no fecundiza anhelos de conocimientos prácticos. La prueba ha sido negativa, y el espíritu se rebela a son-  
dar nuevos infinitos...

La fe es poesía, ya que, como dice Tolstoy, es la fuerza de la vida ¡ Estimulante ilusión que abre ante nuestros ojos, codiciosos de futuro, amplios dioramas de belleza! ¡ Y qué materialista y pertinaz investigador de la verdad, negará que ella irradia, con esplendores triunfales, en esos mirajes quiméricos? ¡ Acaso no hay en ellos la verdad de su existencia fecunda? ¡ Acaso no hay en ellos la verdad de una creencia generadora? ¡ Acaso no hay en ellos la verdad única de una vida que es toda ilusión y engaño?

Cuando el vulgo cree y confía, con esa seguridad absoluta que le da su ignorancia, preciso es rebatirle — si a rebatirle vamos, — con la absoluta seguridad de nuestras convicciones arraigadas; y esto, que tan factible parece al enunciarlo superficialmente, ¡ cuán difícil es en la práctica de su ejecución! No son muchas las seguridades de nuestras opiniones; pocas veces nos hallamos en posesión completa de la verdad y rara es la ocasión en que podemos robustecer y solidificar un argumento ligero con la prueba apodíctica de su infalibilidad y eficacia. ¡ Por qué, entonces, reprochar al vulgo su inocente fe? Dejadle que ella ocupe en su vida el vacío de su ilustración, y sea fuerza que le mueva a la conquista, y sea esperanza que le sostenga en la lucha, y sea amor que le hable de cosas bellas e infinitas... ¡ Y quién sabe si analizando muy adentro en nuestras almas, hallamos en su fondo otra verdad u otra razón más poderosa de nuestra vida!... ¡ Y quién sabe si a esa fuerza, a esa esperanza y a ese amor no nos acogemos luego, arrepentidos y fatigados de tanta inútil investigación y tanto estudio vano, y aunque tarde y en nuestro remordimiento, no levantamos a la ingenua fe, que fortalece y crea, un templo ideal en el espíritu, hasta el cual lleguemos, en las amargas horas del desencanto, en búsqueda de plácida quietud y de consuelo!

GABRIEL A. DE LEON

# Notas y Noticias

Carlos Roxlo

Decíamos en nuestro número anterior finalizando un artículo sobre la personalidad de Carlos Roxlo, que nos asistía la seguridad que su partido político iba a reclamarle la aceptación de su candidatura para una diputación en la próxima legislatura de su patria.

Y bien; nuestros vaticinios y deseos se han cumplido: el insigne colaborador de «Proteo» es en estos momentos candidato a diputado por el departamento de San José donde fuera proclamado por unanimidad absoluta.

Mucho tuvieron que luchar sus amigos y admiradores para vencer las resistencias del poeta que renunció tres veces tan alta distinción, manifestando deseos fervientísimos de vivir alejado del escenario político de su país.

Vuelve, pues, el viejo luchador al amplio Stadium de la vida pública donde tantos laureles conquistara en otras épocas, cuando con frase cálida y enérgica salmodiaba su verdades evangélicas, haciendo estremecer de asombro las cúpulas añejas de la histórica Legislatura Uruguaya.

El Tiempo, que ha polvoreado de blanco sus cabellos, cargándolo de amargas decepciones y frías experiencias, no ha podido, sin embargo, menguar en lo más mínimo las sanas ardentías de su espíritu ni las hidalgas nobilidades de su alma.

Roxlo es siempre el mismo... A través de sus exterioridades modestas cualquier ojo avizor descubre fácilmente al gallardo y valeroso revolucionario del Quebracho, de Lamas y de Saravia, donde se cargó de rebeldías para zigzaguear en el entrevero paoroso de las armas hermanas, destellos de idealismos calcinados de Sol...

«Proteo», saluda efusivamente al distinguido colaborador, que llevará por quinta vez, al congreso de su patria, la representación de los anhelos del pueblo opositor y laborioso.

## La farándula estudiantil

Así como la vulgaridad y la caridad reinantes han consagrado determinados días del año para la flor, el árbol, el guarda de tranvía (con prescindencia—ignoramos la causa—del no menos

meritorio motorman), el niño pobre, etc., la juventud estudiantil argentina, con simiesco gesto imitativo, indigno de espíritus bien templados, consagró, para su uso y abuso, el día del estudiante. Difiere este día de los mencionados en que es un día que dura dos o tres días... La nota principal constitúyela una suerte de farándula: desfile ignominioso, mascarada innoble, fantochada ridícula.

Triste fuera bordar el comentario que tal espectáculo nos sugiere. El análisis del escandaloso hecho haría sonrojar hasta a los que nunca conocieron el sano color de la vergüenza.

La juventud estudiantil argentina ha divertido al público amante de lo ingenuo, y aunque sea algo fuerte escribirlo, amante de lo imbécil, como el vulgar sacamuelas «divierte» con «maravillosas proezas» a un público inocente de feria. Conste, sin embargo, que entre la farándula *estudiosa* y el sacamuelas famélico existe una enorme diferencia: El sacamuelas juega su rol deprimente para robar a la vida un pedazo de pan.

¿Qué quede esperar la patria de esos cerebros que ya acusan fallas y taras bien marcadas? La respuesta es obvia.

Suponemos que no todo el *gremio* se haya adherido al decadente corso. Dos fundamentales motivos tenemos: Primero: que entre la faramalla que invade nuestras aulas hay quienes estudian y trabajan de *verdad*; segundo: que si todos los bufones del torpe desfile fueran estudiosos y trabajadores, en plazo breve realizariase el sueño de Almafuerce cuando profetiza que la Argentina será «La nación capital de la luz». Y estamos tan lejos de las utopías...

Ponemos punto final a esta breve nota por aquello de «peor es menallo, Sancho».



# Teatros

## Escenarios nacionales.

### Rejas de oro

La compañía que actúa en el Buenos Aires bajo la acertada dirección de Angelina Pagano, estrenó con aceptación la comedia en tres actos original del autor novel Alberto E. Uriburu titulada «Rejas de oro». Obra amable y bien escrita, nos ha dejado la impresión de que el Sr. Uriburu, si persevera en la difícil carrera, logrará destacarse entre los contados escritores que tienen nociones de arte y anhelan que nuestra zarandeada producción nacional salga del estancamiento en que la han sumido autores de ocasión y cómicos sin decencia.

La interpretación dejó algo que desear como también la propiedad escénica.

### La compañía Vittone-Pomar

No sabemos hasta que punto tendrá fundamento la noticia, pero como proviene de buena fuente la consignamos gustosos: La temporada de la compañía Vittone-Pomar, finaliza. Era ya tiempo. Las huestes que dirige Eliseo San Juan, *aquel de la larga fama*, después de haber usado y abusado del mal gusto de un público abigarrado e incoloro, representando sainetes disparatados y revistas obscenas y canallescas bordadas en los peores modelos del género, se van con la *música a otra parte*. Y con ellos también se va el *musicante* Carrilero, el *arreglador de las musiquitas*...

Al rey del sainete—Vittone—le ha fallado su ojo clínico. (No hay en esta frase alusión personal). Por burdo e indecente que un público sea llega a fastidiarle la sosería y la pornografía cuando éstas rebasan los límites de la medida.

El repertorio hecho por encargo de los directores y confiado a *escribidores* de la casa, que suelen *escribir* también para el Royal, porque entre uno y otro teatrical no existe diferencia en cuestión de moral y sentido común, debió y debe aún ser, en lo que resta de tiempo, fiscalizado por los satélites de Gramajo, el hombre de la neutralidad mal entendida. La abierta parcialidad de los satélites de marras da lugar a sugerentes preguntas...

Insistiremos.

## En el Olimpo.

### Tierra baja

Una reacción saludable se opera en la escena israelita. Este teatro, que nos tenía acostumbrados a un género melodramático de la peor especie, dando en contadas ocasiones alguna obra digna, ha incorporado a su repertorio varias de las mejores producciones nacionales y extranjeras. La primera pieza argentina traducida al «idish» fué «El hijo de Agar», de González Castillo, que el celebrado actor Moscovitch representó en Europa. Goldenberg, el inteligente discípulo de aquél, nos hizo conocer en el modesto teatro Olimpo, donde actúa ahora con su compañía, «Los muertos» de Florencio Sánchez, drama que obtuvo buen éxito entre el público judío. Nos manifestó el mencionado actor que en el corto tiempo que permanecerá entre nosotros, estrenará una serie de obras nacionales y españolas ya traducidas a ese idioma: luego las hará conocer en Nueva York.

En su función de beneficio, realizada el viernes pasado, puso en escena el popular drama de Guimerá, «Tierra baja». Conocíamos el talento interpretativo de Goldenberg, más no le creíamos capaz de exteriorizar, con la honda emotividad y el temperamento brutalmente pasional característicos, el personaje de Manelik, por no serle familiar el tipo ni el ambiente. Esto mismo, con raras excepciones, puede decirse de todos los actores judíos, pues el temperamento de esa raza es más semejante a la sajona y anglosajona que a la latina. No nos hemos equivocado respecto a Goldenberg y lo constatamos con satisfacción. Compenetrado del personaje de una manera absoluta hizo un Manelik admirable, y si agregamos que nunca viera representar «Tierra baja», el mérito es doble. En más de una escena nos recordaba a Enrique Borrás, que tanto éxito alcanzara en este rol.

La Sra. Lobel, tuvo a su cargo el papel de Marta, consiguiendo completo triunfo. Aunque algo vacilante en el primer acto y al principio del segundo, logró, al final de éste, y en el transcurso del tercero, posesionarse del personaje. Algunas escenas interpretólas con tanta emoción, con sinceridad tan grande, que conquistó por completo al público que le prodigó entusiastas aplausos los cuales compartió con Goldenberg.

La Sra. Marcela Levin y los Sres. Jailovsky, Weler y Glazunoff en sus roles de Nuri, Sebastián, D. Tomás y Mosen, respectivamente, estuvieron correctísimos.

—En nuestra próxima crónica nos ocuparemos de «El hijo de Agar», drama en tres actos de José González Castillo, estrenado con franco éxito.

## Pequeños comentarios.

### La barraca de Pepino el 88

Noches pasadas cundió la alarma por los alrededores del lugar donde está situado el barracón antiéstico y antihigiénico de Pepino el 88: léase José J. Podestá. Los pacíficos vecinos saltaron del lecho en la creencia de que había estallado un movimiento revolucionario. «¿Qué ocurre?» «¿Qué pasa?», eran las preguntas que corrían de boca en boca. El agente de facción fué el encargado de llevar la tranquilidad a los espíritus amilanados por el miedo y el sueño. «No es nada, señores... Es D. Pepe que está representando «Federación». Los trabucazos se sucedían sin solución de continuidad mientras una algarabía indescriptible partía del interior de la barraca.

Para el guardián del orden público no era nada la colosal batahola, sin duda porque el modesto policía no tiene formada aún una idea exacta acerca del orden público. Para los vecinos, en cambio, era mucho.

Se nos antoja que Pepino debiera abandonar ese picadero e irse con su *muchachada* a recorrer apartados pueblos, donde todavía encontrará almas sencillas que se impresionen con tales manifestaciones de incultura que creíamos desaparecidas para siempre.

No contento con la murga que, ubicada de 8 a 9 p. m., en la entrada de la barraca, rompe los tímpanos de los transeuntes y vecinos, sigue en el interior de la misma con descargas cerradas de fusilería entre el gaucho malo y la partida o entre federales y unitarios.

Pepino el 88 (a) José J. Podestá posee un temperamento único. Salido del circo para explotar la miseria de buenos autores nacionales y ganar dinero a montones expoliándolos como un vulgar prestamista, vuelve al punto de partida para fastidiar a una barriada que nada le ha hecho.

Pero a Pepino eso no le interesa. Se cree agosto, tan agosto como Agustín Fontanella, hoy injustamente olvidado, y que él volverá a imponer.

Esa misma noche, al terminar el espectáculo, D. Agustín, el autor de «Federación», abrazándole conmovido le decía: «¡Qué triunfo, hermano!»

Pepino se creyó más agosto y, recordando los tiempos del «Moreira», exclamó con inimitable gesto: «¡Ahijuna!»

El remendado toldo, las incoloras banderas y los mamarrachescos cartelones, se estremecieron al conjuro de la epifonema...

# Bibliografía

## Mientras el viento calla...

Después de varios años de decadencia y de languidez, las letras del Uruguay, despiertan a mejores destinos.

En estos últimos tiempos, a despecho de las dificultades que origina la guerra y la crisis mundial, en todo lo que se refiere a tipos de imprenta, se han editado algunos libros de verdadera importancia. La juventud intelectual de esta Banda, parece dispuesta a renacer en un nuevo florecimiento de idealismos, como en los buenos tiempos.

En los pasados números nos hemos ocupados de varios de estos libros; hoy corresponde el puesto de honor a una obra recientemente dada a la publicidad por nuestro amigo y colaborador, Horacio Maldonado, bajo un sugestivo título «Mientras el viento calla...»

Tanto como su obra literaria, es interesante la personalidad del autor, que ya se perfila con relieves propios y originales en la literatura rioplatense.

El doctor Horacio Maldonado que figura con brillo entre los jóvenes diputados del Uruguay, pertenece a esa generación fuerte e idealista, orientada hacia modernas y generosas concepciones universales, que va pasando ya de los treinta años.

Educado en una escuela de lucha diaria y de encontradas pasiones partidistas, nuestro autor se formó desde sus primeros años un carácter y un temperamento. Colaboró activamente en la prensa montevideana, habiendo sido armado caballero de las Letras, en aquel palenque abierto que fué nuestro «Diario Nuevo» de tan grata recordación, donde don Antonio Bachini había puesto cátedra de estilo, de caballerosidad y de energía.

Maldonado publicaba allí, hace más de doce años, sus primeros cuentos, que acusaban ya en el escritor adolescente, méritos pocos vulgares.

Luego fué desenvolviendo sus actividades diversas en las aulas, en la prensa y en la tribuna, publicando también varios tomos de cuentos y novelas.

Ingresado a la cámara como representante de la fracción oficialista, Maldonado se distinguió siempre por su entereza cívica, por su ponderación de espíritu y su sinceridad democrática, imponiéndose algunas veces a las violencias de sus propios amigos políticos, así fué que no hace mucho tiempo, se apartó del entonces situacionismo batllista. Mercede citarse el gesto, y las razones que lo motivaron.

Cuando se «confeccionó» la lista de representantes a la constituyente que había de hacer la reforma, Maldonado fué puesto como «quinto» suplente, en el departamento que representaba como titular en el Congreso...

Como era lógico, protestó ante uno de los «ases» batllistas de esa «jugada» que tendía a desprestigiarle ante sus correligionarios. Aquél explicó el hecho, manifestándole que habían causado muy mal efecto sus pujos de independencia, y era en tal virtud que se le retiraba la confianza.

Consecuencia de estos incidentes, fueron algunas cartas pu-

blicadas por el diputado Maldonado y su separación del grupo oficialista.

Sin embargo, su partido supo desagraciarle plenamente. El general Pablo Galarza, jefe de gran prestigio, levantó su candidatura como constituyente, en el departamento de Soriano, por los colorados desidentes que obtuvieron el triunfo en las elecciones pasadas.

La actividad política y la acerba lucha de estos últimos años, no han impedido a nuestro amigo, proseguir su labor literaria, copiosa y fecunda, así es que nos ofrece hoy como grato presente este libro de sano optimismo y de sinceridad.

He aquí el prefacio que condensa el espíritu luminoso fluante sobre sus páginas:

«Mientras el viento calla... «En el círculo dantesco donde expían sus culpas; ¡culpas de amor!, las almas de «Paolo» y de «Francesca», vientos tempestuosos arrastran incesantemente a los espíritus, en torbellinos, de acá para allá; de arriba para abajo, sin que abriguen nunca la esperanza de tener un momento de reposo, ni de que su pena se aminore. Los vientos se desencadenan con furia en aquel lugar oscuro; rujen con ruidos de mar tempestuoso; y las almas pecadoras, ¡pecadoras de amor!, dan vueltas siempre sin cesar arrastradas y sacudidas por el espantoso torbellino, entre gritos, llantos y lamentos...»

Dos almas, como dos palomas que se dirigen con las alas abiertas hacia el dulce nido, salen al encuentro del poeta. El viento se aplaca entonces... Y las almas hablan y Francesca, cuenta su historia de amor, su divino beso de amor, ante las páginas del libro que los dos leían, mientras el viento permanece tranquilo...

La sublime página del Dante, me ha inspirado el título de este libro.

«Mientras el viento calla...», es decir, mientras el ruido de esta vida mía, inquieta y afanosa callaba en mi alma, brotaban en ésta los capítulos de mi obra, en la que se hallará un poco de todas las cosas de la vida, y acaso también, más de una contradicción...»

Mientras el viento calla, nuestro escritor que es filósofo y poeta escucha el ritmo de sus armonías interiores, y se complace en glosarlas a media voz con palabras fraternas y elocuentes...

Su espíritu ha llegado a conquisitar la dulce serenidad de los elegidos. Envuelto en la penumbra de sus tristezas, como en un manto cesáreo, anda su senda, conversando con su propia sombra, sin interrumpir el camino, ni torcer la ruta, sin protestas airadas ni gestos desmedidos, así, apaciblemente, a la manera de los viejos maestros griegos.

Entre el tumulto de la literatura del continente, quizá un tanto teatral en exceso, el género que ensaya Maldonado irrumpe con el rumor de una fresca fuente donde descendiesen a jugar por la noche las estrellas.

Esta literatura que es vida y es espontaneidad, verdadera y sincera, se abre entre el fango artificioso de la escena, donde va y viene la farándula como la aurora perfumada de un rosal que floreciera en el silencio.

El estilo del autor, se adapta perfectamente como un ritmo exacto, a su filosofía serena, y a su sensación circunstancial de las cosas y de los acontecimientos.

Emerson, el divino, hubiera prologado estas páginas; Rodó las hubiera marginado con luz, sobre las perspectivas de sus optimismos irreductibles.

El contacto con el dolor de la vida, no ha logrado enturbiar las aguas de su serenidad de poesía y de amor.

Hay almas que al ser heridas por los zarzales del camino, se se crispan, se marchitan o se reconcentran en sí mismas para cerrar las desgarraduras que sangran... Otras en cambio, intensifican su belleza interior, abriéndose en dadivosa ofrenda, y haciendo que cuajen las heridas en flores de luz, como si la propia sangre fuera un riego de bondad.

Así el alma de este autor; por eso nos dice en una de las páginas de su libro: «Traedme rosas; rosas para las almas áridas y para los que sufren; rosas para los que viven en torpe materialismo; rosas para los egoístas, para los malos, para los envidiosos, para los explotadores... rosas para los que se arrastran, para los que calumnian, para los que siembran el dolor y el espanto; rosas para los que nunca conocieron los encantos de la vida, para las almas oscuras, para las almas frías; rosas para todos los rincones y todas las miserias, para todas las podredumbres de esta vida que languidece en manos de los hombres...»

## Por la cultura

Almafuerte. — Día del árbol. — Santiago H. Pérez

Bajo el título que encabeza estas líneas el insigne poeta argentino doctor Francisco Aníbal Riú ha recopilado en un pequeño libro, sus tres últimos discursos.

Son bien conocidas las especialísimas dotes oratorias de este vocero del pueblo, que ascendió a su tribuna en los albores de la vida, para clarinear sobre el alma enferma de los muchedumbres adormecidas, las rotundas verdades de los tiempos nuevos.

Riú ha sido el tribuno predilecto del pueblo, precisamente cuando éste se ensayaba para reconquistar sus derechos y era menester orientarlo, vigorizarlo y, sobre todo, llenarlo de verdades... Y Riú contribuyó al cumplimiento de tan altísimo sacerdocio desbordándose en energías sanas y reflexiones hondas.

Llamado a ocupar una banca en el Congreso Nacional y cerrado el paréntesis de un merecido descanso a sus actividades, vuelve a luchar sin cota, el inspirado autor de «Musa errante» por la conquista de otros nuevos laureles.

Y los tres discursos que comentamos, son tres hermosísimas flores de su jardín intelectual pomposo en fragancias, colores y semillas...

## Las órdenes religiosas

La falta de espacio nos impide analizar con la detención debida el interesante folleto del doctor Angel M. Giménez, cuyo título nos sirve de epígrafe. En el próximo número le dedicaremos el estudio que se merece, ocupándonos, además, de otras dos obras importantes «Discursos» y «Simón Bolívar» de las cuales es autor el doctor Arturo J. Farrulla, miembro de la Academia Nacional de Historia de Colombia.

# La Productora Industrial Americana

Gran Fábrica de Tabacos y Cigarros

: : Depósito de Tabaco en hoja : :

— DE —

**Martín Giachino**

**BUENOS AIRES**

**LINIERS 1839**

COOPERATIVA TELEF. 401, Patricios

**Pronto aparecerán los Toscanos "LEVANTE"**

**EXIJASE POR SU NOMBRE**

**¡Muy interesante!.. -**



De la fábrica directamente al consumidor, hasta el día 30 de Septiembre, mediante el envío de este cupón, incluyendo la suma de CINCO \$ m/n., remitiremos 100 cigarros "BREVITAS" de tabaco Bahía y Habano o una caja de cigarros "REY EDUARDO".

## CUPON

Dirigase remitirme a nombre de.....

Calle..... N.

Pueblo.....

La cantidad de..... cigarros.....

a cuyo objeto adjunto la cantidad de \$..... m/nacional

de curso legal.

Firmado.....

# **Hotel Cervantes**

---

---



125 habitaciones bien amuebladas y confortables. Restaurant a la carta. Notable orquesta de señoritas.

**Precios módicos**

---

**Avenida de Mayo y Salta**